



Los arios en la India

Paisaje de la cordillera Hindu-Kush, al nordeste del moderno estado de Afganistán, por donde los arios entraron en la India hacia 1800 a. de Jesucristo.

Cuando llegaron los arios a la India, que se calcula con buen fundamento que fue hacia el 1800 a. de J. C., encontraron ya establecidas en la península indostánica gentes y naciones con las que no se mezclaron, formando así una primera división de castas. Los arios les dieron el nombre de *dasyus*.

En un himno dedicado a Indra, el dios de la guerra de los arios, recogido en el *Rig-Veda*, se encuentran estos versos que nos informan hasta cierto punto de quiénes eran los *dasyus* a quienes tuvieron que combatir los arios recién llegados al vasto Indostán.

"Tu red es grande, oh heroico Indra; tú eres fuerte y vales por mil. Tú puedes vencer a cien enemigos.

"Lanzando rayos y confiado en tu valor, marchas adelante, destruyendo las ciudades de los *dasyus*.

"Tú distingues entre el ario y el *dasyu*, entre el que ofrece sacrificios y el hombre sin ley.

"Protege, oh Indra, en todas las batallas al ario que sacrifica; castiga al hombre sin ley y sujeta el piel negra al ario, hijo de Manú.

"Tú, Indra, has humillado y muerto al *dasyu*, has ayudado al color ario.

"Tú te has lanzado con tu carro de ruedas sobre los setenta jefes enemigos y has destruido sus sesenta mil fortalezas.

"Maldice, oh Indra, al salvaje que detesta al brahmán, al que come carne y cuya sola vista es abominable.

"Oh dios esforzado, en esta tierra de los Siete Ríos tú has desviado la flecha del *dasyu* que amenazaba al ario."

Este himno, uno de los más antiguos de

LA FORMACION DEL ESTADO EN LA INDIA

Mientras que Egipto y Mesopotamia iban a precisar de grandes esfuerzos humanos para asegurarse el riego merced a complicados sistemas de canales, la situación geográfica de la India permitía que la agricultura alcanzase un notable florecimiento debido a la abundancia de lluvias.

La diversidad geográfica daba pie a que el país estuviera bien provisto de recursos naturales. De esta forma, junto con zonas ricas en minerales aparecían regiones forestales que proporcionaban maderas, así como en otras zonas abundaban la caza y la pesca. Los extensos recursos ofrecían la perspectiva de la aparición de una incipiente especialización regional y una división geográfica del trabajo. No obstante, en algunas zonas las lluvias no bastaban para el desarrollo agrario, siendo necesaria la irrigación; tal sería el caso de la región noroccidental, el Panjab.

Por otra parte, la misma disparidad geográfica de la India era un obstáculo para las relaciones regionales, al propio tiempo que la cadena del Himalaya suponía un dique para los contactos exteriores. De esta forma se producía un estancamiento en el desarrollo económico, al mismo tiempo que la posterior forma-

ción cerrada en castas iba a influir en este retardo.

Los aborígenes de la India eran los drávidas, que habitarían fundamentalmente el centro y el sur de la península, mientras al norte quedaría como núcleo fundamental el formado por los pueblos invasores, de origen ario. Junto con estos dos grupos básicos existirían los que hablaban los idiomas llamados mundas, que eran similares a los grupos indochinos y cuyos restos se han encontrado en diferentes regiones de la península india. Además, en el valle del Indo florecía la cultura de Harappa.

Con la invasión de los arios se iba a asistir a un cambio radical. Eran éstos un pueblo nómada con organización tribal y sus recursos se basaban en la ganadería, sobre todo en el ganado vacuno.

El objeto de sus expediciones era la conquista de ganados. De esta forma, la primera actividad estaría encaminada a la posesión de ganados, destruyendo las ciudades y las obras de irrigación.

Gradualmente los arios se fueron asentando y con ello comenzaron a cultivar la tierra, para lo que aportaron un nuevo mineral: el hierro. A partir de los siglos IX

y VIII se puede hablar de un resurgimiento de las ciudades, al tiempo que aparecía la hermética organización en castas.

La comunidad se basaba en la economía natural, yendo en incremento la expropiación de tierras en favor de las dos primeras castas. El intercambio comercial aumentaría mucho, tal como se refleja en el *Rig-Veda*, donde se habla de comerciantes ricos.

Como objetos de trueque se usaban la vaca y los adornos personales. Por último, la usura alcanzaría un notable incremento y se podía adquirir la condición de esclavo en el caso de no satisfacer una deuda.

La primera mitad del primer milenio iba a estar caracterizada por continuas guerras entre los diferentes estados, cuyo número en la región septentrional iría disminuyendo a medida que los más poderosos aumentaban su poder.

Con este desarrollo del país, los restos de las anteriores organizaciones primitivas iban desapareciendo, con lo cual aumentaba el despotismo de estos estados, cuyo mayor apogeo correspondería ya a los últimos siglos del primer milenio.

A. M. P.

Vista de las excavaciones de Harappa, en la cuenca media del Indo, con una boca de pozo. Las primeras aglomeraciones urbanas de la India, como las de Harappa y Mohenjo-Daro, se estudian con el nombre común de cultura de Harappa y son posteriores a las culturas neolíticas del valle del Indo, del III milenio a. de J. C.



la compilación del *Rig-Veda*, contiene ya mucha información acerca de los primitivos habitantes de la India. Fue escrito en el valle del Indo, el cual, cerca de la desembocadura, se divide en siete brazos. Es la parte más occidental de la India, al pie de la cordillera que cruzaron los arios para llegar hasta su tierra de promisión. Explica que tuvieron que combatir para poder instalarse y piden auxilio al dios de los arios para vencer a los dasyus.

¿Quiénes son estos temibles y bien radicados aborígenes? Viven en ciudades fortificadas, no son nómadas; tienen jefes, que debían de estar confederados para resistir la invasión; se hace gran hincapié en el color oscuro de los dasyus: su piel es negra y contrasta con el color ario.

Los arios se ufanan de su cultura. Ofrecen sacrificios; los dasyus son abominables porque no tienen ley y se permiten comer carne. Los arios no intentarán convertirlos, sólo piden a su dios poder vencerlos en batallas.

La información documental casi escondida en el himno del *Rig-Veda* ha sido confirmada en las últimas décadas con el descu-

brimiento de dos ciudades de los dasyus en los sitios de Mohenjo-Daro y Harappa. Ambas están en el valle del Indo, enterradas con escombros y sedimentos que ha dejado el río. Ocupan un espacio considerable. Mohenjo-Daro significa ciudad de los muertos; tiene una área de 1.200 metros de longitud por 610 de anchura. Se comprende que los arios pidan a sus dioses que los ayuden.

Tanto Mohenjo-Daro como Harappa revelan que sus habitantes no eran gentes salvajes, como las califica el *Rig-Veda*. Vivían en casas construidas con ladrillo cocido, en las cuales hay siempre un baño. Los conductos de desagüe para el agua y las letrinas están dispuestos hábilmente, higiénicamente. Las calles son anchas, bien orientadas y, lo que es más sorprendente, el cuadrículado de la urbanización se comprende que fue proyectado de antemano; no se han dispuesto las viviendas al azar, según los gustos o intereses de los ocupantes. Esto causa más maravilla porque se puede asegurar que Mohenjo-Daro y Harappa fueron construidas en el III milenio antes de la era cristiana. Son los primeros casos de ciudades planeadas con un sistema de conjunto. En Egipto

El paso de Khyber, en el Hindu-Kush, por donde los arios penetraron en la India.





Excavaciones en el lugar ocupado por la antigua Harappa. Las características de estas civilizaciones son evidentes en las ruinas de Mohenjo-Daro. Por estas ruinas sabemos, al menos, que las ciudades estaban protegidas desde una altura fortificada.

no hay nada parecido, y en Babilonia sólo algunos barrios están dispuestos con plan premeditado.

Las dos ciudades excavadas hasta ahora no son las únicas, pues se reconoce que debe de haber otras sepultadas en montículos del valle del Indo. Su abundancia confirma la información, acaso algo exagerada en el *Rig-Veda*, de las sesenta mil fortalezas gobernadas por sesenta jefes.

No se descubren, sin embargo, en las ruinas de las ciudades de Mohenjo-Daro y Harappa construcciones monumentales que puedan haber servido para palacio real o templo. Las innumerables calles se suceden paralelas con casas de dos o tres habitaciones. En la única parte que se empleó gran esfuerzo diríamos arquitectónico fue en las murallas con foso de ladrillo sin cocer y mortero de barro, que han resistido cuatro

TABLA SINCRONICA DE LAS CIVILIZACIONES DEL PROXIMO Y LEJANO ORIENTE

EGIPTO	MESOPOTAMIA	IRAN	INDIA	CHINA	
Influencia de Djemdet Nasr. I dinastía. III dinastía.	Periodo de Djemdet Nasr. Epoca dinástica primitiva sumeria.	Susa C: expansión de la civilización urbana. Susa D (II): tumbas reales, carros, cerámica policroma.	Civilizaciones agrícolas. Culturas de Quetta, Kulli, Amri-Nal y Zhob. Civilizaciones urbanas: Mohenjo-Daro y Harappa I.	Civilizaciones neolíticas, cerámica pintada de Yangshao Panpo.	3.000 a. de J. C.
Pirámides de Gizeh.	I dinastía de Lagash.		Harappa II	Aparición de la escritura.	2.600 a. de J. C.
				Aparición del bronce.	2.500 a. de J. C.
					2.400 a. de J. C.



mil años. La cerámica pintada era de color oscuro y figuras rojas.

Las excavaciones de Mohenjo-Daro y Harappa han proporcionado poquísimos objetos suntuarios y ninguno de valor. Como parece imposible que gentes que habitaban casas tan confortables no tuvieran algún lujo, hay que creer que fueron destruidas por una invasión ya antes de la llegada de los arios: acaso por los bárbaros del Beluchistán, los más primitivos de la tierra. La invasión y saqueo de países civilizados por sus vecinos bárbaros se ha repetido muchas veces en el Oriente. En la América precolombina es parecido el caso de la destrucción del imperio tolteca por la horda de los tarascos. Los salvajes, como debió de suceder en la India, no se aprovechan de la conquista más que para llevarse botín. Hay en Mohenjo-Daro cadáveres en posiciones violentas, que parecen corresponder a habitantes que hubieran sido sorprendidos en su huida por los enemigos.

Tal destrucción y abandono por la violencia de las ciudades de la India prehistóri-

ca explican algo el carácter de los dasyus que encontraron los arios. Los primitivos pobladores del valle del Indo que construyeron Mohenjo-Daro y Harappa, exterminados en su mayoría, quedaron en pequeños grupos que ni siquiera trataron de reconstruir las ciudades. Muy poco arte tendrían antes de la invasión; las casas no tienen molduras en el marco de las puertas, ni cornisas ni friso en las fachadas. Conocían el cobre y fabricaron algunas armas y útiles de metal. Sólo han aparecido algunas muestras de escultura. Placas de esteatita, que podían servir como sellos o amuletos, llevan grabados en relieve figuras de animales y signos jeroglíficos; revelan un sistema completo de escritura que no es pictográfica. Los sellos o amuletos encontrados en Mohenjo-Daro y Harappa hacen suponer que los primitivos habitantes, los dasyus, tenían una religión basada en el culto de ciertos animales sagrados. Bueyes y elefantes allí representados están delante de un receptáculo como el pesebre de un establo precioso. En una placa hay una diosa sentada con tres caras. Acaso sería una

Excavaciones en Mohenjo-Daro. Son características de estas poblaciones las edificaciones de ladrillos y las urbanizaciones de gran regularidad geométrica, proyectadas de antemano.



El templo Citragupta, dedicado a la divinidad Surya, que se levanta en la antigua localidad india de Khajuraho, centro de arte indoario.

sus prácticas con una doctrina religiosa, diciendo que si el universo está lleno de Brahma, o sea de la divinidad, tan pura es una cosa como otra. Comiendo el más repugnante alimento, se dominan los apetitos humanos y así se adquiere, afirman los aghori, un gran poder sobre sí mismo y sobre las fuerzas de la naturaleza. Un aghori puede transformarse en pájaro o pescado y aun devolver la vida a los muertos. Pero conviene añadir que el caso de los aghori constituye una excepción.

La inmensa población de la India, sin embargo, refleja en su vida actual un pasado prehistórico. Las castas están divididas en linajes, que tienen nombres totémicos; incluso se continúa, en la mayoría de los casos, venerando animales. Hay en todas las castas una cantidad enorme de tabús, que regularizan el matrimonio, el funeral y casi todas las prácticas diarias. Cada casta o subcasta tiene sus fiestas anuales, con ritos especiales que se transmiten por tradición. Aunque la vida exige el engranaje de todas las castas, éstas

persisten en su radical separación. En la antigüedad parece que las castas arias eran sólo cuatro: los brahmanes o sacerdotes, los katriyas o guerreros, los vaicias o mercaderes y los sudras o servidores, y por debajo de ellas, los innumerables dasyus. Quedan todavía en la región de la cordillera, en el paso del Hindu-Kush, descendientes de los primitivos arios que no se contaminaron poco ni mucho con los dasyus. No conservan tradiciones, y sus antecesores debieron de quedar allí rezagados por ser los más débiles de la horda. No tienen separación de castas y su tipo físico es el de los perfectos arios.

A medida que vamos penetrando en la península indostánica se aprecia la gradual disminución de la pureza de la raza. Era inevitable que en los primeros días de la entrada de los arios en el país de los Siete Ríos, o sea el Punjab, aceptaran algunas hembras dasyus por esposas... La intransigencia y el régimen de casta no se habían formulado con entera precisión. En la región de Kashmir, montañosa y retirada, los dasyus no de-



Instalaciones de los baños públicos en la antigua Mohenjo-Daro. Muy distintos a la descripción que de ellos hace el "Rig-Veda", los dasyus eran gentes muy civilizadas, hasta el punto de saber trabajar los metales y la tierra y servirse de las corrientes fluviales para el intercambio comercial a distancia.

bían de haber penetrado o no habían alcanzado preponderancia, lo que facilitó la ocupación de los arios. Actualmente las castas en la India se cuentan por millares; sólo los brahmanes forman dos mil castas, y como los individuos de una casta no pueden comer el alimento preparado por manos de otra casta ajena, de aquí el proverbio indio que dice: "Ocho brahmanes, nueve cocinas". Pero hasta en los brahmanes hay ligeras infiltraciones, lo que significa algo de contaminación en los orígenes y explica que incluso ellos se subdividan en varias castas.

El solo contacto de un individuo de casta inferior contamina al de la superior y hay que proceder a un largo ceremonial para recobrar la limpieza. Otras castas contaminan sólo con la sombra, otras no pueden acercarse sino a distancia determinada. Los artesanos, como albañiles, carpinteros, curtidores, impurifican a las castas superiores al acercarse a una distancia de doce metros; los labradores contaminan a una distancia de quince metros; un individuo de una cas-

ta que coma carne de vaca puede contaminar a un brahmán si se le acerca a una distancia de veinticuatro metros. Los de ciertas castas no tienen derecho a escupir; otros tienen que llevar con ellos una escoba para barrer el suelo después que han pasado; otros no pueden vivir en poblado con los de otras castas y han de formar barrios en las afueras. Ciertas castas tienen que sacar el agua del pozo del pueblo desde un lado, mientras las otras la sacan por el opuesto. En la actualidad, las castas se dividen en dos grandes grupos: aquellas que pueden dar de beber agua a un brahmán y las que no pueden dar de beber a un brahmán sin contaminarle.

Hoy las castas tienen por base la ocupación, no la raza. Un carpintero no comerá lo que ha cocinado un herrero. Nuevas castas aparecen con los oficios nuevos, o al desdoblarse éstos con la especialización. Los alfareros que hacen vasijas al torno, trabajando sentados, no aceptarán alimento de los que hacen ollas grandes y trabajan de pie. Los pescadores que tejen las redes de derecha a

izquierda no comerán nada de lo que han cocinado los pescadores vecinos, que tejen las redes de izquierda a derecha; éstos forman ya otra casta. Esto ha hecho aparecer la teoría de que las castas reflejan el pasado de toda la humanidad en la India. Las clases más inferiores son aquellas formadas por los cazadores u oficios relacionados con la caza; más arriba ya están los pescadores, porque las aguas son un elemento más sagrado que los bosques. Más elevadas en jerarquía se reconocen las castas de los pastores y agricultores, y en la cúspide se hallan los guerreros y brahmanes. Los oficios también están escalonados por categorías, según las etapas del progreso realizado: las castas inferiores son las que se dedican a oficios que preceden a la metalurgia, de los que trabajan la madera y la piedra o hacen tejidos; siguen en excelencia los que trabajan el hierro y el cobre y, por fin, los plateros. A la hipótesis de la aparición de nuevas castas al progresar la humanidad se opone la costumbre de perder la casta en casos de infracción de alguno de sus preceptos. Por ejemplo: los descendientes de un brahmán y de una mujer de casta inferior no recobran sus derechos de brahmán hasta varias generaciones después de haberse cruzado nuevamente con brahmanes. Esto sugiere la idea de que las castas debieron de aparecer como un medio de defensa para mantener la pureza de la raza; algo así como una vaga idea de los principios genéticos de selección de que tanto se



Obra del museo al aire libre de Khajuraho, India, que representa a Visnú encarnado en un jabalí. Visnú es una divinidad del vedismo, identificada con el principio creador de todas las cosas.

LOS "VEDAS", FUENTE HISTORICA

Desde la época de las invasiones arias (1500 a. de J. C.) hasta el período grecobúdico no existen restos arqueológicos de las culturas desarrolladas en suelo indio suficientemente expresivos para reconstruir sus características.

Para estudiar el período 1500-200 a. de J. C., únicamente se pueden utilizar como fuente histórica los textos literarios: los "Vedas".

Los "Vedas" (El saber) constituyen el vasto conjunto de conocimientos aportados por los arios y desarrollados en su nuevo país. Están divididos en:

"SAMHITA" (Colecciones), que contienen, sobre todo, himnos, oraciones y fórmulas rituales.

"BRAHMANA" (Explicaciones), comentarios que glosan los "Samhita".

"UPANISHAD" (Lecciones), de carácter esotérico.

"VEDANTA" (suplemento del "Veda"), cuyo contenido se adapta a la tradición y su redacción se continúa incluso en la actualidad.

Es difícil y casi imposible fechar con exactitud las diferentes partes, pues durante un largo período debieron de transmitirse oralmente.

Se está de acuerdo en atribuir la mayor antigüedad a los "Samhita", y entre ellos al "Rig-Veda", compuesto de diez "Mandala" (Círculos), de los que sólo el último parece más reciente. El "Yajur-Veda" y el "Sama-Veda" siguen numerosos paisajes del "Rig-Veda"; por tanto, son posteriores. El "Athar-Veda", que contiene fórmulas mágicas, sin duda fue uno de los últimos en componerse. Es verosímil que los más antiguos "Samhita" procedan de la época de las invasiones arias (1500-1000 a. de J. C.).

Los "Brahmana" y "Upanishad" debieron de nacer entre los siglos X y VI antes de J. C., coincidiendo con la expansión aria en el Ganges (segunda época védica).

Les seguirían cronológicamente los "Sutra" (Aforismos) del "Vedanta", compuestos probablemente entre 400 y 200 a. de J. C., precediendo de poco a los primeros documentos del arte budista.



ha hablado y escrito en nuestros días, aunque sin practicarlos estrictamente.

Y, en efecto, en las tradiciones de algunas castas se cuenta que el primero de ellas fue un expulsado de otra casta por su nacimiento irregular; es decir, que un híbrido de dos castas, bastante satisfecho de su condición, prefirió ser el primero de una casta inferior que vivir sin casta, estigmatizado por sus hermanos de más categoría.

Todo lo cual revela, pues, prejuicios raciales y señala como origen, en el pasado, de las castas de la India las invasiones de extranjeros que desdeñan mezclarse con los anteriores ocupantes. Y así debió de ser desde muy antiguo; pero ya hemos dicho que si la población revela gran variedad de tipos,



Siva, divinidad védica que personifica las fuerzas constructoras y destructoras de la naturaleza, junto con su esposa Parvati (Museo al aire libre de Khajuraho, India).

no hay datos para establecer la historia de estas repetidas invasiones. Sólo de una estamos informados y ésta es la que llevaron a cabo los arios, hombres pertenecientes a la raza blanca indoeuropea.

Los arios de la India debían de ser de la misma procedencia y hablaban una lengua parecida a la de los arios de Persia. El *Zend-Avesta* ya hemos visto que menciona el valle del Indo, al que llama "la región de los siete ríos". Se ha llegado a afirmar que entre la lengua del *Avesta*, o persa antiguo, y la de los *Vedas*, o indo antiguo, hay menos diferencia que entre el indo antiguo y el indo moderno. Resulta, pues, indudable que los arios de la Persia y los arios de la India vivieron algún tiempo juntos en época muy remota. ¿Por

qué se separaron? ¿Fue simplemente para probar fortuna, cruzando las montañas, o hubo una razón más fuerte que el deseo de aventuras que mueve todavía a los arios a explorar el mundo? Se ha insinuado que los arios de la India pudieron haberse separado de los arios de la Persia por incompatibilidad religiosa. Los dioses primitivos de los arios de la India son llamados *devas*, y con este mismo nombre designó Zarathustra a los espíritus malignos. En los arios de la Persia el combate eterno es entre *devas* y *ahuras*; Ahura-Mazda consigue la categoría de dios supremo, mientras que los *devas* continúan siendo lo que nosotros llamaríamos demonios. En cambio, los arios de la India entonan himnos a los *devas*, como



Bella escultura en bronce de la divinidad Siva, una representación de la cual fue hallada ya en las excavaciones de Mohenjo-Daro (Rijksmuseum, Amsterdam).



Kali, uno de los nombres con que se designa a la esposa de Siva, es la diosa de la destrucción y de la muerte y se la representa con dos pares de brazos.

dioses, en una lengua parecida a la que usaba Zarathustra. Cabe, pues, preguntarse si fue una discordia religiosa la que obligó a emigrar a los arios de la India. La respuesta no es fácil. Un deva o dios de los indos, el famoso dios solar Mitra, es también un dios o ahura para los persas; el Mitra indio es un compañero de Ahura-Mazda.

Sea como fuere, antes del 1800 a. de J.C. grupos de arios se atrevieron a cruzar el Hindu-Kush, estribación de la cordillera del Himalaya que cierra la India por el Oeste.

La ruta fue probablemente el famoso paso de Khyber, de setenta kilómetros de longitud, aún hoy peligrosísimo. Setenta kilómetros de rocas que gravitan a veces sobre el viajero y otras forman anfiteatros pedregosos sin apenas una brizna de hierba para el ganado. Los peligros que corrieron los primeros grupos de arios al atravesar estas montañas fueron compensados al ver ante sus ojos el valle del Indo con sus floras tropicales; sus ricos frutos debieron de parecer un sueño a los emigrantes que acababan de atravesar las este-

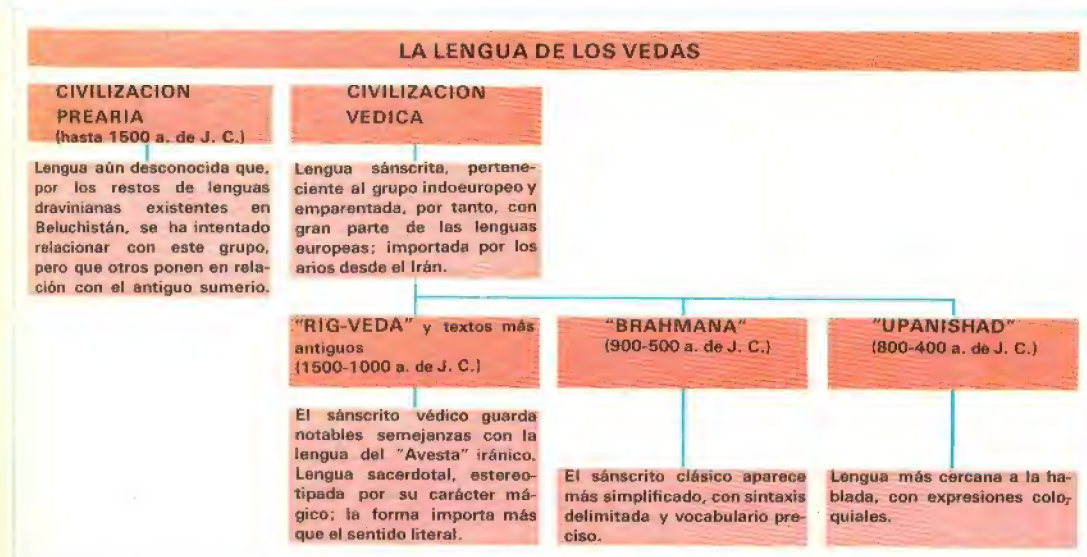
pas de la Bactriana y las frías llanuras de Persia, donde se contaban los años por "inviernos". El río Indo, sobre todo, "cae de las cumbres de la tierra y en corriente impetuosa recoge a los demás ríos...". El Indo muge como un toro, dice otro texto sagrado. "Brillando, relampagueando, centelleando majestuoso, el invencible, el más caudaloso de los ríos, el Indo, como una yegua indómita, conduce sus aguas a los llanos." Para otro poeta de los *Vedas*, el Indo es como una amazona guiando un carro de nobles corceles. Para otro, el Indo ha uncido su carro tirado por caballos para dar a los arios vigor en el combate.

El problema de los arios al llegar a la India era el mismo que se presentó a los hebreos al encontrar en Palestina a los cananeos ya establecidos, pero no hay que decir que en escala infinitamente mayor. Los cananeos eran de la misma raza semítica que los hebreos, hablaban prácticamente la misma lengua, y su número era comparable al de los hebreos. Y así y todo, sólo para preservar la pureza del culto nacional, Iavé, Jehová, ordenó a los hebreos la completa destrucción de los cananeos, prohibió los casamientos mixtos, castigó duramente toda infracción de su consigna de exterminio. Es evidente que los arios en la India no podían exterminar a los dasyus, pues no eran más que un puñado de aventureros, mientras aquéllos sumaban millones. Además, Palestina era una estrecha faja de tierra entre el desierto y el mar; en cambio, la India, desde el Himalaya al cabo Comorín, mide treinta grados de meridiano.

La solución que dieron los arios de la India a este colosal problema de conservar la pureza de su raza en una tierra donde estaban en ínfima minoría nos ofende hoy, des-



Indra, una de las principales divinidades del paraíso védico, protector de la guerra y de los arios, montado sobre un elefante de tres cabezas (Nelson Gallery, Kansas City).





pués de veinte siglos de venir predicando la fraternidad universal, pero no podemos menos de reconocer que era la única solución posible. Nos referimos a la casta. Los dasyus serían una casta aparte; el simple contacto de un ario con ellos, y particularmente el matrimonio, llevaría consigo la pérdida de todo derecho a ser llamado ario. Sólo así podía preservarse este color blanco, tan apreciado, y las cualidades morales de que los arios estaban tan orgullosos. Y, en verdad, sin movernos de la misma India, vemos a los portugueses, degenerados por cruzamientos con los hindúes, desposeídos de su conquista, mientras que noventa mil ingleses rigieron hasta hace poco los destinos de la India, con una población de más de doscientos cincuenta millones.

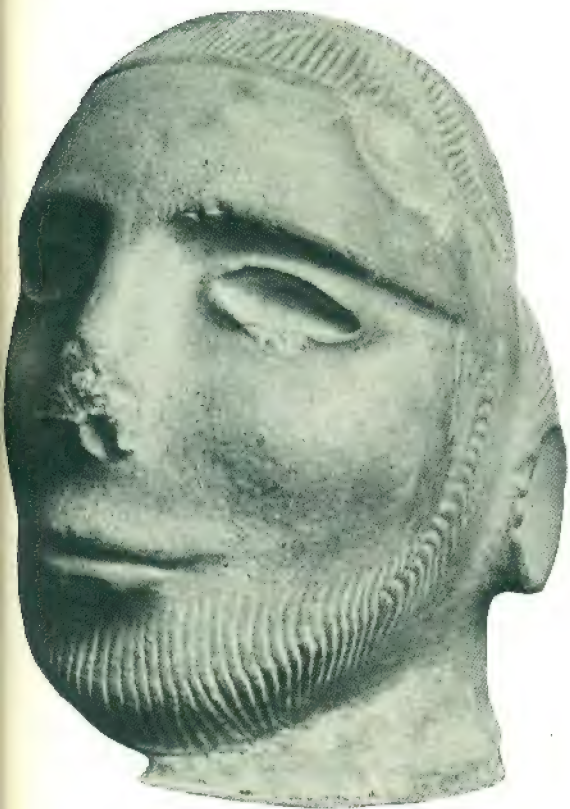
Con estas experiencias modernas, hemos de admirar la fortaleza de los arios de la India para resistir las tentaciones. En los grupos de emigrantes las mujeres siempre están en minoría. Acaso por estas razones en el *Mahabharata* se ensalza a la princesa Draupadi, que dio un hijo a cada uno de cinco hermanos, los príncipes Pandavas, lo cual ha hecho pensar en un matriarcado o poliandria como primitiva organización de los arios de la India; pero lo más probable es que la historia de Draupadi sea una prueba de la escasez de mujeres en los primeros tiempos de la conquista. Igual explicación se atribuye al gran respeto que sienten los indos por la vaca, a la que cantan alabanzas en sus himnos religiosos. Las vacas son todavía hoy animales sagrados en la India, y la explicación de este hecho se hace derivar de su escasez al empezar los arios la agricultura en la India. "Si el ganado hubiese podido sacrificarse en los tiempos de carestía —dice un indio moderno—, hubiera sido imposible comenzar otra vez el cultivo de los campos, y por esta causa los arios de la India, comprendiendo el gran peligro que corrían si sacrificaban animales vacunos, renunciaron a comer carne como estaban acostumbrados."

He aquí, pues, casi justificados por principios científicos los dos puntos capitales que separan a las castas de la India: el horror al contacto y el puritanismo en la alimentación, más o menos acentuado.

Físicamente, los arios de la India debían

Agni, dios del fuego, representado en una talla de un carro procesional (Museo Guimet, París).

Siempre se muestra con dos cabezas, y éstas simbolizan el fuego del hogar y el del sacrificio.



Cabeza de esteatita hallada en las ruinas de Mohenjo-Daro. Pertenece, por tanto, al período anterior al establecimiento de los arios en la India.

Las cuatro primeras subdivisiones de los arios se atribuyeron por los brahmanes a un origen divino. Las castas son parte del cuerpo de Brahma. De la boca de Brahma salieron los brahmanes; los katriyas, de los brazos; los vaicias, de los riñones, y los sudras, de los pies. En un principio, no era obligatorio más que el matrimonio con una mujer de la misma casta, pero se toleraban otras esposas de castas inferiores, lo que por necesidad tenía que producir mestizos de dudosa casta.

En la antigüedad se comenzó a señalar la onerosa distinción del tratamiento entre los miembros de distintas castas. Los sudras contaminaban con su sola presencia. No podían asistir a los sacrificios que practicaban las otras castas, cuyos individuos debían guardar silencio al acercarse un sudra. Por el solo hecho de escuchar la lectura de un texto sagrado, los sudras estaban condenados a perder las orejas; por pronunciar una palabra de las *Vedas*, debían cortarles la lengua, y por retenerlas en la memoria, el castigo era cortar el cuerpo del sudra en dos pedazos. Un sudra que ha violado a una mujer aria es condenado a muerte. En el *Atharva-Veda* se dispone que cuando un brahmán recibe un presente de otro brahmán, debe darle las gracias pronunciando una palabra sagrada. En cambio, cuando un brahmán recibe algo

Uno de los sellos hallados en Mohenjo-Daro con una inscripción y un toro sagrado en su establo. El motivo del toro se repite en otros sellos similares.

de ser los más bellos productos de las razas blancas. Entre los arios del Punjab, o valle del Indo, cuéntanse los famosos sikhs, guerreros de estatura gigantesca, que Inglaterra llevó en 1915 a las trincheras de Flandes, asombrando a todos los beligerantes. La mayoría de los sikhs pasan de dos metros de altura; cuando un sikh no llega a esta medida, en seguida trata de explicar la causa por una caída en la infancia o una enfermedad, para que no se atribuya a degeneración. Los sikhs tienen color moreno claro, abundante pelo ondulado, ojos negros, facciones finas y, sobre todo, un magnífico esqueleto como un castillo.

Al moverse hacia el Este y el Sur, los arios de la India perdieron algo de su blancura y su piel tomó el color tostado y la palidez que tienen los blancos que viven en los trópicos. Pero, dado el rigorismo del principio de castas, se mantuvieron los caracteres raciales con pureza sorprendente. Es muy probable que en un principio las castas fueran sólo dos: la de los arios y la de los dasyus, aunque muy pronto cada una se desdobló en otras varias, hasta llegar a la confusión actual de los millares de castas de la India.





Paisaje del alto valle del Indo, primeras tierras en que habitaron los arios, que debieron quedar, sin duda, admirados por el contraste climático y productivo entre el valle y las áridas tierras persas de origen.

de un katriya le dará las gracias en voz alta; cuando reciba algo de un vaicia se lo agradecerá en voz baja, y cuando lo reciba de un sudra no dirá nada, sólo mentalmente pensará: "Está bien". Preceptos semejantes, y aún peores, suscitan la duda de si los sudras serían arios o gentes de otra raza que se agregaron a los arios al cruzar la cordillera.

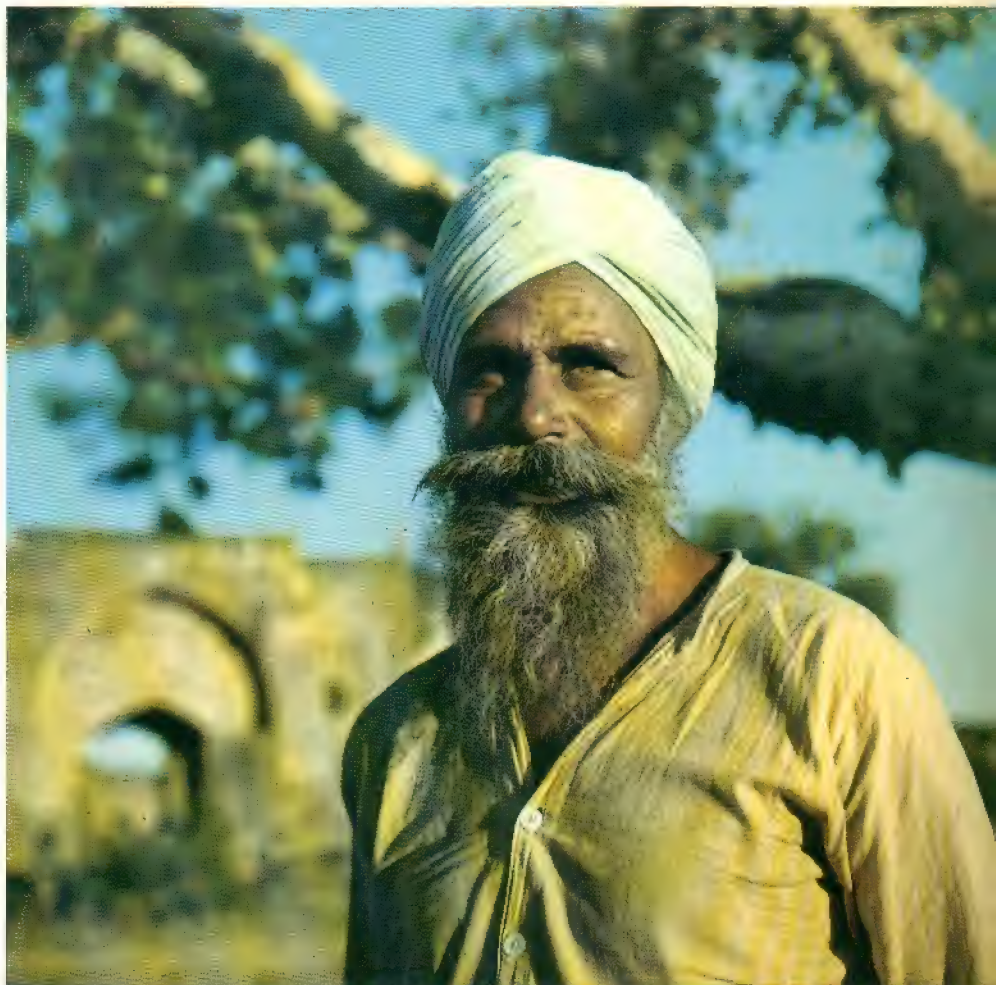
El predominio de los brahmanes no fue inmediato; en los tiempos de lucha y de conquista-debió de ser preferido un guerrero a un letrado o sacerdote. La condición de los *rishis* o poetas fue más bien humillante en un principio. Los *rishis* aparecen a veces asociados a grandes familias de rajás, pero otras

veces se manifiestan en sus himnos necesitados de la *dakshina*, que es el ofertorio o propina. La *dakshina* de los primitivos brahmanes, más que el diezmo regular, parece el *bakish* que implora aún hoy todo el mundo en Oriente. El *bakish*, más que un suplemento de salario, es el salario mismo. En los himnos del *Rig-Veda* encontramos frases como ésta: "¡Provocad la generosidad en nuestros clientes!". O esta otra: "Concede, oh diosa, a nuestros nobles jefes gloria e hijos, para que no sean escasos en sus dádivas". El generoso habitará los cielos. El que da caballos, vivirá en el sol; el que da oro, logrará la inmortalidad... "Escuchad, oh

gentes, un canto en honor de un héroe. Seis mil noventa vacas nos ha dado Kauruma, rey de los ruzamas..."

Así, a la sombra de los "conquistadores" arios de la India, crecía la casta del brahmán, o poeta-sacerdote, que tenía que suplantarse al noble guerrero. Ya no quedan en la India descendientes de los katriyas; en cambio, los brahmanes están en la cúspide de las castas. Y en verdad hay que reconocer que si los brahmanes no lograron resolver el problema, insoluble, de hacer de toda la península indostánica una sola nación, por lo que toca a la religión y el arte se hicieron merecedores de la supremacía que consiguieron sobre las demás castas de la India. La humanidad entera lee hoy asombrada los cantos religiosos de los brahmanes, que si no son tan viejos como algunos textos egipcios y babilónicos, los superan infinitamente en lógica y en elevación. Decimos en lógica porque hay algo de incoherencia mental en las imprecaciones de los primitivos semitas que no se encuentra en los himnos de los arios de la India. No, la raza blanca, aria e indoeuropea, que hasta hace poco tenía un sentimiento algo triste de su propia inferioridad en el pasado, puede hoy oponer orgullosa, a los salmos de los semitas babilónicos y a los himnos de los egipcios, los cantos de los arios de la India, contenidos en los llamados *Vedas*.

Veda quiere decir conocimiento; es una palabra de la misma raíz que *ver*, en latín *videre*, en inglés *wit*, y *weiss* en alemán. Los libros védicos han llegado hasta nuestros días por tradición oral. No existen manuscritos antiguos de los *Vedas* ni se hubieran conservado con el clima húmedo y destructor de la India, pero tenemos aún hoy textos vivos, los llamados *zotryas*, que conocen los *Vedas*, o alguno de ellos, desde el principio hasta el fin. Para darnos idea del valor de estos *zotryas*, el erudito hindú que publicó hace algunos años el *Atharva-Veda* se valió de tres de esos seres de privilegiada memoria, cuyos nombres da y cita en el texto con sus iniciales, para señalar las variantes, como si fueran tres manuscritos. Pero las variantes son insignificantes, porque, como ocurre al cabo de algún tiempo con todos los libros sagrados, pronto se hizo esencial para los



*Tipos actuales del valle del Indo,
llamados sikhs,
cuyas características raciales
hacen pensar en sus antepasados arios.
La formación de castas
fue el método empleado
para conservar la pureza de la raza.*



Estos niños, asistentes a una ceremonia religiosa en la India actual, llevan en su frente la señal de la casta a que pertenecen.

Vedas el recitarlos al pie de la letra. Hoy la letra vale más que el espíritu, la frase más que su significado. Un proverbio indio dice que un brahmán se alegrará más con una letra acentuada de los *Vedas* que con el nacimiento de un hijo, lo cual es suficiente para indicar con cuánto cuidado y veneración procederá a recitarlos, procurando evitar equivocaciones.

Los *Vedas* forman un grupo de libros redactados, con poca diferencia de dialectos, en la lengua primitiva de los arios. Algunos de los *Vedas* no se han publicado todavía y sólo cuatro de ellos pueden considerarse

como canónicos: son los llamados *Rig-Veda*, *Jagur-Veda*, *Sama-Veda* y *Atharva-Veda*. Entre estos cuatro libros hay una gran diferencia de valor y contenido. El *Jagur-Veda* es mucho más moderno y representa ya un culto pomposo establecido según fórmulas rituales. El *Sama-Veda* y el *Atharva-Veda* no son más que compilaciones de extractos del *Rig-Veda*, como libros de rezo en los que se han reproducido fragmentos del *Rig-Veda* con otras oraciones intercaladas. De manera que, en definitiva, el *Rig-Veda* es el único que verdaderamente nos interesa y suponemos que el lector estará ya impaciente por conocer este

libro, que venimos nombrando desde el principio del capítulo.

El *Rig-Veda* es una colección de más de mil himnos, con un total de diez mil estrofas, producto de diferentes autores. De éstos se recuerdan los nombres en los himnos: se llaman Vismamitra, Vamadeva, Atri, Vasista, etc. Hay grupos de himnos que se atribuyen a miembros de una sola familia; parece como si en un principio ciertos linajes o familias de cantores *rishis* tuvieran el monopolio de una divinidad y de sus cantos. En cambio, se ignora quién fue el autor de la compilación, cómo se llamaba el sabio o brahmán que reunió estos himnos y los ordenó como están ahora. Esto no es de extrañar tampoco, porque más tarde se supuso que las palabras del *Rig-Veda* habían salido de la boca de la divinidad y, por tanto, hubiera sido irreverente preguntar el nombre del autor del libro. Pero parece absolutamente cierto que el *Rig-Veda* acabó de recopilarse antes del año 1000 a. de J. C. y que desde entonces, sin cambiar una letra, sus diez mil estrofas se han transmitido de viva voz, de maestros a discípulos. Largos comentarios se han escrito sobre el *Rig-Veda*, así como muchos tratados de su gramática y diccionarios de sus palabras de difícil significado.

El estilo de los himnos del *Rig-Veda* muestra que sus autores eran poetas profesionales, aunque usaban a veces imágenes y expresio-



Un santón peregrino y un saddu o religioso errante, que forman parte de una de las numerosas castas de la India actual.



Encantador de serpientes en el ejercicio de su menester.

nes populares. Uno dice: "Como un carpintero construye un carro artísticamente, y pone adornos donde conviene, así construiré mi canto lo mejor que sepa, con todo el arte posible". El poeta es a veces ingenuo y hasta infantil: se asombra de que las aguas de los ríos corran sin cesar al océano, sin llenarlo nunca, y atribuye a un milagro de la divinidad que las vacas rojas produzcan leche blanca. Otro se admira de que el sol no caiga de los cielos: "Nada lo sostiene, nada lo aguanta; ¿cómo es posible que el sol no caiga, marchando abajo?". Otro se pregunta adónde van las Pléyades cuando se hace de día. La luz, la aurora sobre todo, les impresiona como una novedad. Se puede asegurar que estos poetas proceden de países donde el sol no brilla como en la India.

"Hemos cruzado del otro lado de las

tinieblas; — resplandeciente Aurora, has preparado el camino, — brillas y sonríes como el ritmo de un poema — y tu cara hermosa nos ha traído la felicidad."

Los poetas del *Rig-Veda* dedican a Usas, la aurora, frases muy dulces:

"...La diosa radiante esparce el resplandor, — y envuelta con la luz, abre el portal del cielo; — la vida se levanta, nos muestra sus tesoros. — La Aurora ha despertado a todos los seres vivos.

"Al hombre adormecido, la diosa le hace andar; — uno va a divertirse, otro va a atesorar, — mirando alrededor las cosas que aparecen. — La Aurora ha despertado a todos los seres vivos.

"Uno va al gobierno, otro va a ganar gloria, — uno a ganar provecho, y el otro a trabajar; — marchan por los caminos diversos

*Individuo indo
de la casta de los cazadores.*

de la tierra. — La Aurora ha despertado a todos los seres vivos...”.

No se puede hablar más bellamente. Este himno a Usas recuerda a Leopardi y Shelley. Pero el infantil ario primitivo reaparece a cada instante. En otro himno a la misma Aurora, después de cantar sus glorias y el resplandor de sus colores, “que no se destiñen nunca”, acaba con esta comparación: “Y tú por fin te llevas las vidas de las gentes como un trapo escondido los dados con que juega”.

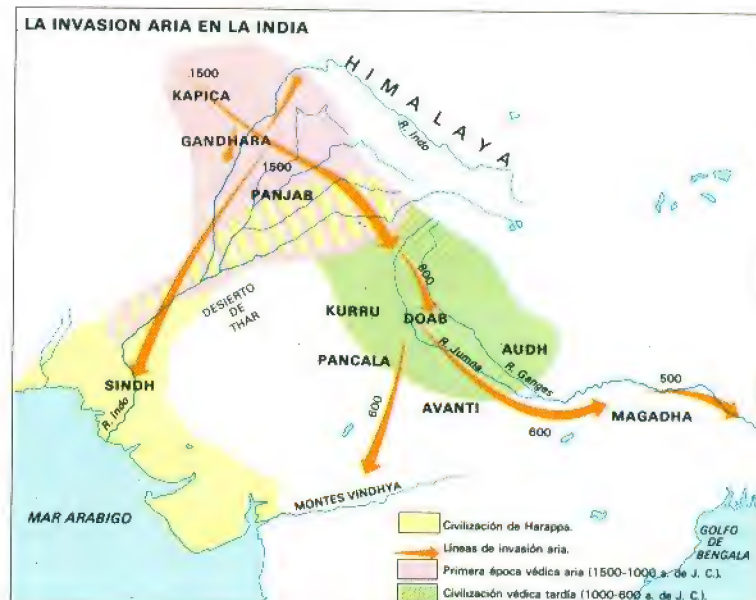
En este sentido, el *Rig-Veda* es a menudo grotesco. El mismo Max Müller, que lo editó con todo el entusiasmo de que es capaz un romántico alemán, se ponía furioso por las simplezas que descubría de continuo, porque no olvidemos que las escuelas de brahmanes no llegaron a tener un monoteísmo más o menos vago hasta muy tarde. En el *Rig-Veda* se han querido descubrir treinta y tres dioses, o sean tres familias de once divinidades. El catálogo de estos seres sobrenaturales se hace muy difícil de precisar, pues algunos parecen sólo atributos de otros. Por ejemplo, además del *Dyaus pitar*, que es el *Zeus pater* de los romanos, los indos tienen Usas, la aurora; Varuna, o sea Urano, el cielo resplandeciente; los Aevines, que son dos jinetes como Cástor y Pólux, y además Indra, que es el dios de la tormenta y de las batallas, y Agni, el dios del fuego. Muchos de estos devas atmosféricos o luminosos debían de ser de tradición prehistórica; así no es de extrañar que reaparezcan sus nombres en la mitología griega, y aun menos sorprende encontrarlos en el *Avesta* persa. Hasta es fácil que Varuna sea el propio Ahura-Mazda; por lo menos, en un himno del *Rig-Veda* se atribuye a Varuna cierta categoría de patriarca de la región celeste:

“El gran guardián de todos estos dioses — los mira desde el cielo. — Si el uno piensa algo, si el otro lento se mueve, — Varuna ya lo sabe.

“Si el uno va de prisa, y el otro se entretiene, — y el otro va a esconderse; — si dos solos conspiran, Varuna se presenta, — Varuna es el tercero.

“La tierra entera toda, y el ancho cielo encima, — son ambos de Varuna, — lo mismo que el océano; Varuna va y se esconde — en su gota de agua”, etc.

El culto de Agni, dios del fuego, recuerda también el culto de los persas. Hay en el *Rig-Veda* un himno para el acto de ofrecer el leño al fuego purificador:



LA INDIA Y EL HELENISMO

Tradicionalmente se suele denominar helenismo no sólo a la influencia de la cultura clásica griega en Oriente, sino a la acción recíproca de ambos mundos, es decir, a la contribución de Occidente en Oriente y, a la inversa, la aportación de Oriente en Occidente.

Como época, se coloca en el período posterior a la muerte de Alejandro Magno. El helenismo viene a constituirse en el puente entre el fin de la polis griega como sistema político predominante y el comienzo del mundo romano del Imperio. Es, por tanto, en este período donde vamos a estudiar las relaciones con la India.

Con anterioridad a la penetración griega, Persia había sido el enlace entre el mundo occidental y la India. Se sabe que, en las guerras médicas, entre las tropas reclutadas por Jerjes iban indos: "Los indos iban vestidos de una tela hecha del hilo de cierto árbol, llevando sus arcos y también las saetas de caña, pero con punta de hierro". En las recaudaciones de impuestos, la India contribuía con 4.680 talentos de plata en arena aurífera, además de los perros de caza que enviaba al palacio del rey. De todas formas, estas referencias se deberían exclusivamente a las regiones limítrofes del Imperio persa, ya que sabemos que Darío I envió a un navegante, Escilax de Caria, para explorar el curso inferior del Indo, señal de que aquella región era un enigma hasta entonces. El informe de Escilax queda reducido a algunos fragmentos recogidos por Heródoto. Se sabe que descendió por el curso del Indo hasta el mar y que al cabo de dos años y medio arribó finalmente al golfo de Suez.

El verdadero contacto se iba a producir un siglo más tarde, con la famosa expedición de Alejandro Magno. La facilidad de la victoria de Alejandro se explica por la propia situación interna de la India. Se había pasado a una organización territorial con una monarquía hereditaria dividida en un mosaico de pequeños reinos, cada uno de ellos independiente. La penetración de Alejandro se iniciaría en el 327 a. de J. C., entrando en las satrapías persas de la India noroccidental. Esta campaña duraría aproximadamente dos años, si bien no tuvo una notable influencia posterior. Las fuentes indas no mencionan esta incursión y las tropas griegas desaparecieron en seguida de esta zona.

En general, la campaña se desarrolló en torno a los cinco ríos del Punjab, seguida por el descenso del Indo, que sería acometido por una numerosa flota, acerca del número de la cual las fuentes no se ponen de acuerdo, variando de 800 a 2.000. Al mando de la flota estaba Nearco, cuya descripción del viaje mezcla lo real con lo fantástico. Quizá lo más importante de la expedición sería el establecimiento de colonos griegos dispersos por toda la región noroccidental. Esta población griega contribuiría a las aperturas comerciales de la India con los países europeos. Por otra parte, la expedición de Alejandro y su partida habían dejado un vacío político que sería aprovechado por uno de los reyezuelos —Chandragupta— para establecer la hegemonía en el Punjab.

El Imperio de Chandragupta se vería incrementado a costa del reino seléucida. En el 303 a. de J. C., las provincias seléucidas transíndicas pasarían a pertene-

cer a la dinastía maurya, fundada por Chandragupta.

Lo verdaderamente importante de estos conflictos estriba en el intercambio de relaciones culturales entre ambos estados. La pugna concluyó con un tratado en el que parece ser que una de las hijas de Seleuco Nicátor contraía matrimonio con el rey hindú. Por otro lado, a la capital de Maurya —Pataliputra— comenzarían a concurrir embajadores griegos, con lo que las conexiones entre ambos mundos sufrirían un beneficioso incremento. De todos aquéllos, el más conocido fue Megástenes, a quien se debe una descripción del Imperio maurya, que llegó a recorrer merced a frecuentes viajes desde su residencia de Pataliputra.

A mediados del siglo siguiente alcanzaría la India un gran esplendor con el reinado de Asoka, al mismo tiempo que se incrementaban las relaciones con Occidente. En una inscripción perteneciente a su reinado aparecen mencionados cinco reyes helenísticos, identificados con Antíoco II Teos de Siria, Tolomeo III Filadelfo de Egipto, Antígono Gonatas de Macedonia, Magas de Cirene y Alejandro de Epiro.

Finalmente, con el gradual aumento de importancia de Roma en el mundo antiguo, las relaciones con la India crecieron, llegándose a un activo tráfico comercial en el que se importaban artículos de lujo, como pimienta, canela, perfumes, algodón, caña de azúcar, perlas, esmeraldas, rubíes, zafiros y diamantes; como consecuencia de este comercio se han descubierto cerámicas y monedas romanas en varias ciudades de la India.

A. M. P.

"Acepta, oh Agni, el leño que vengo a ofrecerte; — acepta mi servicio y escucha mi oración.

"Con este pobre leño, oh Agni, yo te adoro; — tú, hijo de la fuerza, de potros domador.

"¡Oh, puedan tus sirvientes servirte con canciones! — Te gustan los tesoros y amas la canción.

"Señor de las riquezas, concédenos los bienes; — astuto y poderoso, ahuyenta al malhechor.

"Tú das lluvia del cielo, tú das la fortaleza, — tú das el alimento en múltiple ración.

"Joven entre los dioses, su heraldo y mensajero, — escucha la plegaria de tu adorador...", etc.

Agni, nacido después del Diluvio, bajó del cielo con el rayo y espera escondido en el leño hasta que por la mañana el sacrifi-

cador le llame, haciéndole aparecer al frotar la madera. Por esto se tiene al Fuego por el más joven de los dioses, porque renace cada día. Sale de repente, y con su lengua aguda deshace el leño, y cuando el brahmán lo rocía con grasa derretida, da gritos y cambia de colores como un enamorado.

Es imposible dejar de sonreír ante ese intento de dotar de cuerpo al fuego. ¡Qué diferencia de las nobles palabras de Zaratustra! Pero también, en cambio, ¡qué imaginación, qué color, cuánta alegría! Indra, el dios de las batallas, resulta aún más pintoresco: es un dios poderoso, pero hay que despertarle y animarle dándole a beber un líquido alcohólico hecho con el jugo de una planta trepadora, la *Asclepias acida*, la soma, que se exprime tres veces al día. Todos los dioses e incluso los mortales gustan de beber la soma, pero Indra más que ninguno; la

***Muchachas indas acarreando leña
a la usanza más antigua
junto al moderno asfaltado
de una carretera.***

soma del mediodía es sólo para él; Indra bebería lagos enteros de soma, no se sacia nunca. El brahmán rocía la tierra con la soma para que el suelo la beba también como si deseara saturarlo perpetuamente.

“Dejad que cante hazañas de Indra, —aquel que empuña una maza antigua. — Mató al dragón, abrió paso al agua — y el vientre de los montes reventó.

“Mató al dragón, que duerme en la montaña; — un dios forjó a Indra la maza celestial, — y el agua, cual ganado, mugiendo corrió al mar.

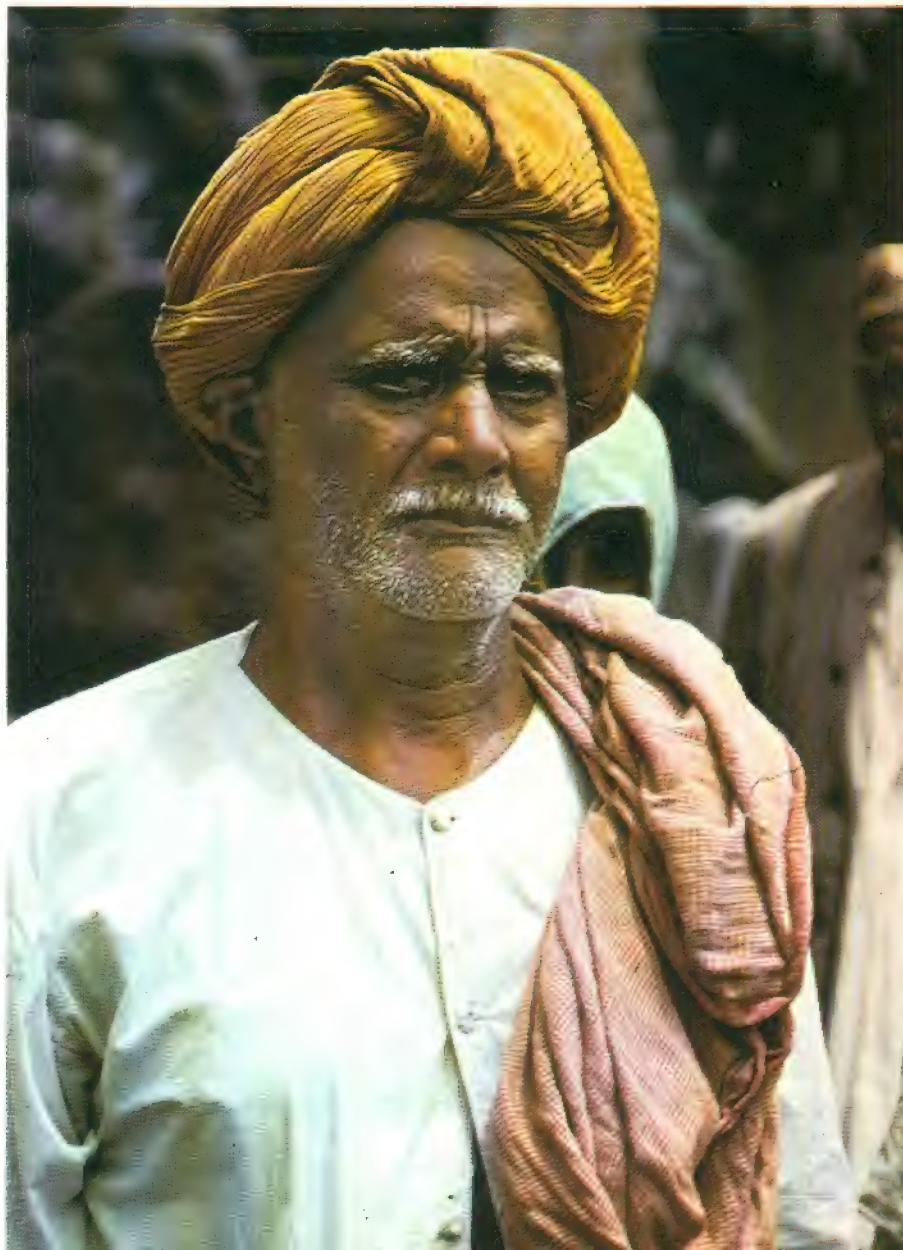
“Ardiente como un toro, Indra pidió la soma, — bebió tres grandes tragos, la maza disparó, — matando al primogénito de monstruos y dragones...”, etc.

Ciertos himnos del *Rig-Veda* podrían llamarse bacanales o cantos de taberna:

“Señor Soma, sé generoso, — haznos prosperar. — Somos tuyos, sólo tuyos, — tú lo sabes bien. — Furia y Rabia ya levantan — sus cabezas. — Haznos, Soma, del contrario — triunfar”.

“Tú eres, Soma, nuestra ayuda — y capitán; — tú habitas en nosotros, — dentro nuestro. — Si faltamos a tus decretos — a menudo, — nos perdonas, nos excusas — con amor”, etc.

Estos son los dioses que hemos llamado prehistóricos, que subsisten entre los arios de la India; la soma era también la *haoma* de los medos y los persas. Pero pronto aparecen nuevos dioses, más filosóficos, más universales. Los arios de la India no tienen un profeta de personalidad exaltada como Zarathustra, que se destaca como un clamor generoso sobre la turba de los sacrificantes y cantores. En cambio, apenas han penetrado los arios en la península indostánica, empieza a inquietarles el problema de la creación y la razón de ser de todo lo existente. Ya en el mismo *Rig-Veda* aparecen síntomas de este gran esfuerzo para conocer el enigma de la vida con su constante transformación, para acertar a ver este calidoscopio de imágenes que hoy son y mañana no... Ciertamente que los brahmanes establecieron su culto con preceptos tan complicados y prác-



***Un brahmán de la India,
miembro de una casta superior.***

ticas tan insoportables como las de los magos que condenaba Zarathustra; pero además del ritual, y por debajo de su politeísmo incongruente, empezaron a comprender la vaciedad de todas las doctrinas, y para librarse de unas apariencias sin realidad se recogieron en el silencio de los bosques, anulando en la soledad todos los deseos. De esto al budismo no había más que un paso.

Se cuenta que un rey llamado Ganaka congregó en su corte a varios sabios para proponerles problemas filosóficos. Había entre ellos hasta una mujer, llamada Garki, que tomó parte en las discusiones. Los temas eran asuntos como éstos: "¿Cómo es que un hombre se libra de la muerte cuando hace un sacrificio? Y si la muerte lo engulle todo, ¿quién engulle a la muerte? ¿Qué es el alma? ¿Qué es lo que lo gobierna todo y, sin embargo, es diferente de todo?...". Claro está que las respuestas que se dieron a estas y a las demás preguntas distan mucho de ser satisfactorias, pero el resultado de estas dis-

*Vaca sagrada en una calle de
Madrás.*



usiones se manifiestan en lo que cuentan del propio rey Ganaka, quien, viendo un día arder su ciudad con un gran incendio, exclamó tan sólo: "Mi ciudad y mi palacio arden, pero nada mío arde ahí".

¿Por qué, pues, afanarse por el buen gobierno de una ciudad, o de una casa, si "nada mío" está allí? He aquí una invitación al retiro de los bosques, y la India era para ello un lugar privilegiado. Un árbol solo, como el baniano, cubre varias hectáreas de terreno. Los frutos abundantes de los trópicos, en el Sur, y los avellanos silvestres de la cordillera, en el Norte, permiten a un anacoreta vivir libre de cuidados. El indio moderno, aun sin ser un discípulo de Buda, sólo por el contexto de los *Vedas* y de la literatura posterior de los brahmanes estará esperando la hora de la liberación. La vida de un hombre bien educado, teóricamente, habrá de ser cómo sigue: después de varios años de juventud, pasados en la casa paterna, irá a servir a un maestro, que le enseñará los *Vedas*. Cuando haya llegado a pronunciarlos sin error de palabras ni de acentos, el maestro despedirá a su discípulo con una frase ritual; éste entrará en acción: se casará, tendrá hijos, empleará su vida en pro de la comunidad y aumentará su patrimonio.

El periodo de actividad de la vida llega, pues, preparado por unos años de escuela y sacerdocio. El indio bien educado pondrá, por tanto, en sus acciones un noble desinterés, que le hará fuerte para vencer las dificultades. La esposa cuidará personalmente de la comida de su señor, para evitar que manos impuras puedan contaminar los manjares; ella misma, con abluciones y baños rituales, cuidará de su cuerpo, para que resplandezca su belleza en la casa del que es su amo, señor y esposo. La mujer recitará también sus plegarias cotidianas, pero a solas, lejos del marido; éste, si es sobradamente rico, rodeado de los parientes y amigos de su propia casta, se ocupará en labores poéticas o en un trabajo artístico. Además de los principales miembros de la familia, la morada del noble indio se encuentra llena de sirvientes, mendicantes y huéspedes de todas clases. Es, en realidad, un organismo complejo y que se basta a sí mismo; la casa del noble ario, en la India, es lo que la tribu para los semitas y la ciudad para los griegos. Acaso por su gran complicación y desarrollo impidió en la India el fomento del espíritu ciudadano, que fue la herencia legada por Grecia al mundo moderno.

Pero los arios de la India transmitieron a las generaciones modernas otra clase de experiencias. Aquel mismo brahmán o magnate indio que hemos visto empezar como estudiante y sacerdote, y después actuar como



padre de familia, llega por fin un día que se despide de los suyos y se va a vivir al bosque. Es un mendicante, vive de la caridad, aunque mantiene todavía relaciones con los suyos, los atiende con sus consejos, viaja, anda en peregrinaciones; no es, pues, todavía el asceta o ermitaño que será más tarde. Sólo cuando se sienta del todo libre de deseos y afectos, después de llevar varios años la vida de mendicante, se esconderá en un valle del Himalaya para acabar sus días como anacoreta. Pero estos penitentes,

o faquires, son una parte insignificante del grupo de los que han abandonado las vanidades del mundo. La India está llena de mendicantes, algunos pertenecientes a las castas más elevadas. Decimos pertenecientes y no es exacto: deberíamos decir que han pertenecido a las castas más elevadas, porque al llegar a este punto ya no hay distinción de castas: los mendicantes comen todo lo que les dan, y un sudra, entre ellos, es a veces más venerado que un brahmán.

Esto es lo que ha dado la India al mun-

Templo de Visvanatha en Khajuraho, India. En esta antigua localidad inda hay un grupo de templos de arte indoario, notables por la majestuosidad de su arquitectura y la belleza de las esculturas que los decoran.

ALGUNOS ASPECTOS DE LA RELIGION INDIA

Es poco lo que se conoce de las religiones indas anteriores a la invasión aria. En su mayoría serían de tipo totémico. Se han encontrado representaciones de animales, entre los que el toro ocupa el primer lugar; tras él aparecen otras especies, como elefantes, tigres y rinocerontes. Junto a ellos, la presencia de figuras humanas podría ser el exponente de posibles deidades.

Con la invasión aria todo el aparato religioso se complica, surgiendo tres corrientes fundamentales —védica, búdica y brahmánica—, a su vez divididas en infinitas ramas de sectas y subsectas.

El tronco ario que invadió la India no tenía ninguna vinculación con los creadores de la cultura de Harappa. Su nivel cultural era muy bajo, como puede desprenderse de los libros védicos. Los arios se hallaban en una etapa de régimen patriarcal en que predominaba una aristocracia militar que fue arrebatando gradualmente tierras a los aborígenes.

En los momentos de la invasión predominaba el politeísmo, siendo numerosísimas las divinidades adoradas. Seguramente cada clan tendría su divinidad particular y más tarde, con el predominio de unos clanes sobre otros, las divinidades de los clanes guerreros se irían imponiendo a las restantes.

Entre los cultos del período védico, los sacrificios ocupaban una posición relevante. Era ésta la forma primordial de relacionarse con los dioses. Los sacrificios estaban revestidos de un gran sentido práctico. Se hacían sacrificios a cambio de algún don de las divinidades. Si el sacrificio se había desarrollado de acuerdo con el ritual, los dioses no podían negar sus mercedes.

Al comenzar el primer milenio van surgiendo una serie de cambios que imprimirán un giro a la religión aria: los arios se apoderan del valle del Ganges y del

Indo, al mismo tiempo que se asientan y dedican a la agricultura. Estos cambios van a producir la religión brahmánica.

Será en este período cuando se irá gestando el régimen de castas e irá surgiendo la tradicional religión conocida con el nombre de brahmánica.

La base del sistema de castas estará reflejada en el Código de Manú, que en definitiva sería una recopilación de normas y preceptos que parecen provenir del siglo V o IV a. de J. C. La divinidad principal pasaba a ser Brahma, de cuya boca había surgido la casta de los brahmanes, de su mano los guerreros, de sus caderas los labradores y comerciantes y de sus pies los esclavos. A medida que se iba afianzando, su culto fue haciéndose más complicado, persistiendo parte de las divinidades anteriores, a las que se iban añadiendo otras nuevas, fundamentalmente del sexo femenino, las cuales son escasas en el período védico.

Igualmente se irá produciendo la teoría de la reencarnación, que sería la base de la posterior filosofía religiosa hindú. En el Código de Manú, la teoría de la reencarnación aparece sólo de pasada, refiriéndose exclusivamente a los castigos sufridos por los pecadores en el infierno. Es muy posible que esta teoría recibiera un gran influjo de las religiones prearias. En los *Vedas* son escasas las menciones sobre la reencarnación, aunque en las ideas religiosas anteriores se pueden encontrar algunas referencias a ello.

En general, esta filosofía se reducía a la observación de las leyes. Si se llevaba una vida consagrada al cumplimiento estricto de las leyes, cada persona, a su muerte, podía reencarnarse en una casta superior a la vivida, mientras que en caso contrario descendía de casta o incluso podía reencarnarse en un animal.

Del período brahmánico se conoce una gran cantidad de textos filosófico-religio-

sos conocidos con el nombre de *Upanishad*. Cada uno de ellos es exponente de los diferentes intereses según las castas a las que estuvieron vinculadas las diferentes escuelas. De esta forma, algunos estarán vinculados a los brahmanes, mientras otros serán peculiares de las restantes castas, gozando algunos de ellos de gran difusión hoy día, como el yoga, cuyos orígenes se remontan a esta época.

La base del culto védico es el sacrificio, como ya vimos, cuyas ofrendas consistían, en lo fundamental, en productos agrícolas o derivados de la ganadería, que en parte se arrojaba al fuego y en parte era consumida por los asistentes.

Gran importancia revestía la plegaria. En el Código de Manú se dice que "la ofrenda hecha de plegarias susurradas es diez veces más eficaz que un sacrificio cumplido según las reglas de los *Vedas*; una plegaria inaudible lo es cien veces más; una plegaria mental, mil veces más". Por tanto, la potencia o eficacia de la plegaria reside fundamentalmente en la fórmula sagrada en que se la exprese y junto con ello en la forma en que se pronuncie y concentre el que la hace. De esta forma, a medida que iban evolucionando, los rituales se iban haciendo más complicados; a la par que se especializaban los de cada religión o secta.

Los tratados describen las condiciones que debían requerir las imágenes y los templos. Aunque algunos teólogos prohibieran el culto a las imágenes, este culto desempeñó un gran papel en las religiones hindúes. Finalmente, los tratados describen también los pormenores que deben atenderse en la erección de templos. Estos tratados indican desde el número y dimensiones de las diferentes salas hasta el lugar donde deben edificarse, y estas normas están sometidas a sistemas astro-lógicos y adivinatorios.

A. M. P.

do: los modernos filósofos han aprendido de los viejos brahmanes que la imagen de las cosas se hace y deshace como un sueño. "La vida es sueño", dice un ario en España. "Somos del material de que se hacen los sueños" dice otro casi al mismo tiempo en Inglaterra. Pero los de la India se les anticiparon en tres mil años.

Notemos la diferencia. Mientras un semita, como David, al perder su hijo dirá: "El Señor me lo dio, el Señor me lo ha quitado, alabado sea el Señor", un ario de la India, al perder sus riquezas, y aun al perder un hijo, dirá: "Nada se me había dado ni nada se me ha quitado verdaderamente mío. El yo —que es lo único mío— está intacto". Sin

embargo, a esta trascendental verdad no hubieran llegado los arios de la India sin un largo y penoso itinerario: la humanidad, como el individuo, aprende viajando. Desde el remoto país donde tuvo origen su raza, los arios caminaron atravesando tierras ingratas, pobladas por gentes hostiles, supersticiosas, incapaces de comprenderlos. Vivieron en su camino con los escitas crueles; estuvieron en contacto con los semitas, apáticos y egoístas a la vez; tuvieron que enfrentarse y luchar contra los nómadas turanios, y por último se detuvieron, después de trasponer las montañas más altas de la tierra.

"Hemos llegado del otro lado de las tinieblas; — resplandeciente Aurora, has pre-



Escultura existente en la localidad inda de Khajuraho.

parado el camino, — brillas y sonríes como el ritmo de un poema; — y tu cara hermosa nos ha deparado la felicidad...”

¿Felicidad corporal, placeres? ¡No! ¿Posesión de esclavos, tierras, riquezas, gloria, prestigio, reputación? ¡Tampoco! “Nada mío está allí.” ¿Qué hacer, pues? ¿Qué buscar, cómo vivir? Una solución debería proponer más tarde otro ario de la India, el Buda.

En este esfuerzo para conseguir la plenitud de su humanidad, el indio tiene que resistir tentaciones, hasta las producidas por un sentido del deber que exige sacrificios. Es entonces cuando el alma se encuentra combatida por deseos del ser y del no ser, del

más y del menos. En una especie de oscuridad nocturna, el relámpago agita los horizontes de calma en que ha vivido. El espíritu no es un habitante de un bosque en donde todo se forma según leyes fijas que es suficiente con atender. ¡No! Hay que luchar. El alma es un campo de batalla entre los sentidos. Se despiertan al retumbar el trueno y hay que cubrirse con un manto o esconderse en un pabellón para que, invocando a los dioses de los *Vedas*, consiga el sabio recobrar la paz.

Sin embargo, a veces hay que retroceder y es preciso regresar al mundo del que se había huido creyendo que la vida empezaba en la nada, en el no ser.

BIBLIOGRAFIA

Garraat, G. T.	<i>El legado de la India</i> , Madrid, 1945.
Kramer, S. M., y otros	<i>Mitologías del mundo antiguo</i> , Barcelona, 1965.
Renou, L.	<i>El hinduismo</i> , Buenos Aires, 1962.
Smith, V.	<i>History of India</i> , Oxford, 1958.
Thapar, R.	<i>Historia de la India</i> , México, 1969.



Escultura hallada en la ciudad de Khajuraho que hace referencia a motivos mitológicos indoarios.